

Juan Almendro

EL SEXO DEL TAMAÑO DE UNA COLIFLOR

Si ya con su cuento Herpes Teologal (publicado en QUIMERA n.º 31) Juan Almendro había sorprendido a los lectores, con el que ahora publicamos aporta, sin duda, argumentos de peso en favor de la incineración. Y estimula el interés por su pentalogía Las Fases de la Curación, cuyo primer tomo, El Bautismo, apareció el año pasado, siendo inminente la publicación del segundo, El Sueño.

Juan Almendro, seudónimo de un autor chileno, nació en 1941 y tras cursar estudios de medicina y filosofía, ejerció la psiquiatría durante años, abandonándola para dedicarse a la literatura. Reside actualmente en París.

Desde que lo supo a ciencia cierta, desde que ella le confirmó la verdad durante esos últimos días de otoño pasados frente al océano, en la playa de Algarrobo, había transcurrido más de una semana. Sin embargo, seguía acordándose todo el día y toda la noche. Por eso, cuando se sentó en la butaca de madera, multiplicada monótonamente en la frialdad cerrada de la sala y sacó su cuaderno para anotar las palabras automáticas del profesor automático, no pensó en la clase, el temario, sus camaradas, sino en aquello que le habían dicho: «...Se acostó con éste, con ése, con aquél, con casi todos los miembros del jurado...». Había sido duro saberlo, tan duro y doloroso que a partir de ese momento sintió que su ser se deshacía.

Encendió un cigarrillo tratando de ahuyentar el tedio y destapó la lapicera hinchada de tinta violeta. El profesor hablaba en el fondo del anfiteatro, como perdido en el infinito de su infierno gélido, poblado de cadáveres. Las palabras le llegaban estrepitosas, pesadas, torturantes, metiéndose a torrentes por sus oídos indefensos, inundándole el cerebro, escurriéndose por sus nervios tensos de insomnio, hasta alcanzar los músculos de su antebrazo derecho. Escribía. Él era eso aquella mañana: escribiente anónimo, alumno de la Escuela de Leyes, inscrito en el curso facultativo de medicina legal...

«Desde el instante en que muere un ser humano hasta que no queda de él más que el esqueleto, transcurren cuatro años. Durante ese período las sustancias blandas del organismo sufren una serie ordenada de transformaciones naturales. Cuando se saca el cadáver de la cama y se lo mete en la urna, el Primer Escuadrón de la Muerte, constituido por las moscas comunes —éas que revolotean contra los vidrios de las ventanas— ha tenido el tiempo de depositar sus huevos microscópicos en la boca, los ojos, las narices del difunto. La temperatura baja un grado por hora, hasta igualar el calor de la atmósfera circundante. Los músculos se ponen rígidos progresivamente, desde la cabeza hacia los pies. Se dibuja así la tradicional sonrisa del cadáver fresco, que no corresponde a una visión angelical del Más Allá, sino al encogimiento de los músculos labiales. Mientras tanto la sangre se decanta siguiendo la fuerza gravitacional de la Tierra...»

Sin embargo, en un rincón de su memoria, como una ostra recién abierta, chillando insoportablemente como un cerdo a medias degollado, permanecía el recuerdo todavía vivo. Él también era eso: un dolor profundo de animal medio destruido.

Volvió a imaginarla en Algarrobo, su cuerpo soberbio desafiando la brisa marina. Sí, era cierto: se había acostado con ése, con éste, con aquél. ¿Cómo lo había sabido? ¿Quién se lo había contado? En todo caso, no lo había hecho por amor. Ella —insistió— lo amaba sólo a él. Por desgracia ser Reina de Belleza, ser coronada como la muchacha más hermosa de la Universidad, implicaba obligaciones, riesgos, compromisos a veces enojosos. Además, aquellos muchachos que la asediaban y que solicitaban el privilegio de acariciar su carne, también la amaban. ¿No habían, acaso, hecho campaña por ella, combatido y votado por ella? ¿Cómo negarles unos minutos de placer, el goce puramente ocasional de su hermosura? Era necesario ponerse en el lugar de los otros, ser flexible, tolerante...

«...Al segundo día los músculos se sueltan en el mismo orden que siguieron al ponerse rígidos. El rostro del difunto toma un aspecto plácido, tranquilo, pero luego se muestra apenado, triste, deprimido. La piel se ve muy pálida y una mancha de hermoso color esmeralda aparece por debajo y a la izquierda del ombligo: es la señal de que el proceso de putrefacción se ha puesto en marcha. En el interior del intestino las bacterias de la flora digestiva se exacerban y atacan ferocemente a las células del lumen, destruyéndolas y liberando fuertes cantidades de gas. Todos los tejidos se reblandecen. La sangre se encharca en los grandes vasos del abdomen, donde estallarán miles de millones de glóbulos rojos. La hemoglobina liberada, tras unirse al azufre de los gases, tomará la tonalidad verde que teñirá primero el vientre y luego la superficie corporal entera....»

Caminaron por la playa, tomados de la mano como si nada grave hubiera ocurrido entre ellos. El besó sus hombros desnudos, satinados, los cubrió de lágrimas que pretendió atribuir a la fuerza del viento y después la envolvió en sus brazos. Sintió los senos firmes aplastándose voluptuosamente contra su pecho, abandonó su boca a la boca que lo buscaba con urgencia. Luego ella escapó de sus caricias y, a la manera de una pequeñuela juguetona, se echó a correr detrás de las gaviotas. La siguió lentamente, marchando sobre la arena extendida como una cicatriz reseca, clavando un instante la mirada en el extremo azul de la bahía, descolgándola por los roqueños y los cerros melancólicos de bruma, antes de detenerse otra vez en ella, en su silueta esbelta, recortada contra la luz crepuscular. La brisa remeció toda su estatura, azotó una vez más su memoria inflamada como una herida sucia: «No te apenes —le habían dicho—. Ella no vale nada. Lo que te pasa a ti, le ha pasado a muchos...» Algo se disparó en el centro de su vientre, sintió su sexo duro como un hueso. Entonces corrió en pos de ella, la persiguió hasta hacerla caer, exhausta, detrás de las dunas incendiadas por el sol muriente...

«Se abren los primeros huevos y salen las larvas a devorar la piel, las uñas y los pelos, ya un poco sueltos. El gas se infiltra en el estrato subcutáneo y el cadáver adopta un aspecto negroide: la cara ancha, los labios gruesos, evertidos, los párpados inflados. El abdomen se distiende, el sexo alcanza el tamaño de una coliflor. Los intestinos dilatados comprimen los bronquios y la vejiga, expulsando el mucus, las heces descompuestas, lo que queda aún de orina. Poco después hace su aparición el Segundo Escuadrón de la Muerte, formado por las Calíforas azules, moscas grandes, gordas, de vientre hemisférico color azul eléctrico, rayado de estrías azabaches. Con sus largas trompas sorben los humores de la carne putrefacta y ponen sus propios huevos, de donde saldrán rápidamente los gusanos que van a alimentarse vorazmente de los jugos celulares. Tras ellos llegará el batallón de las Lucilias...»

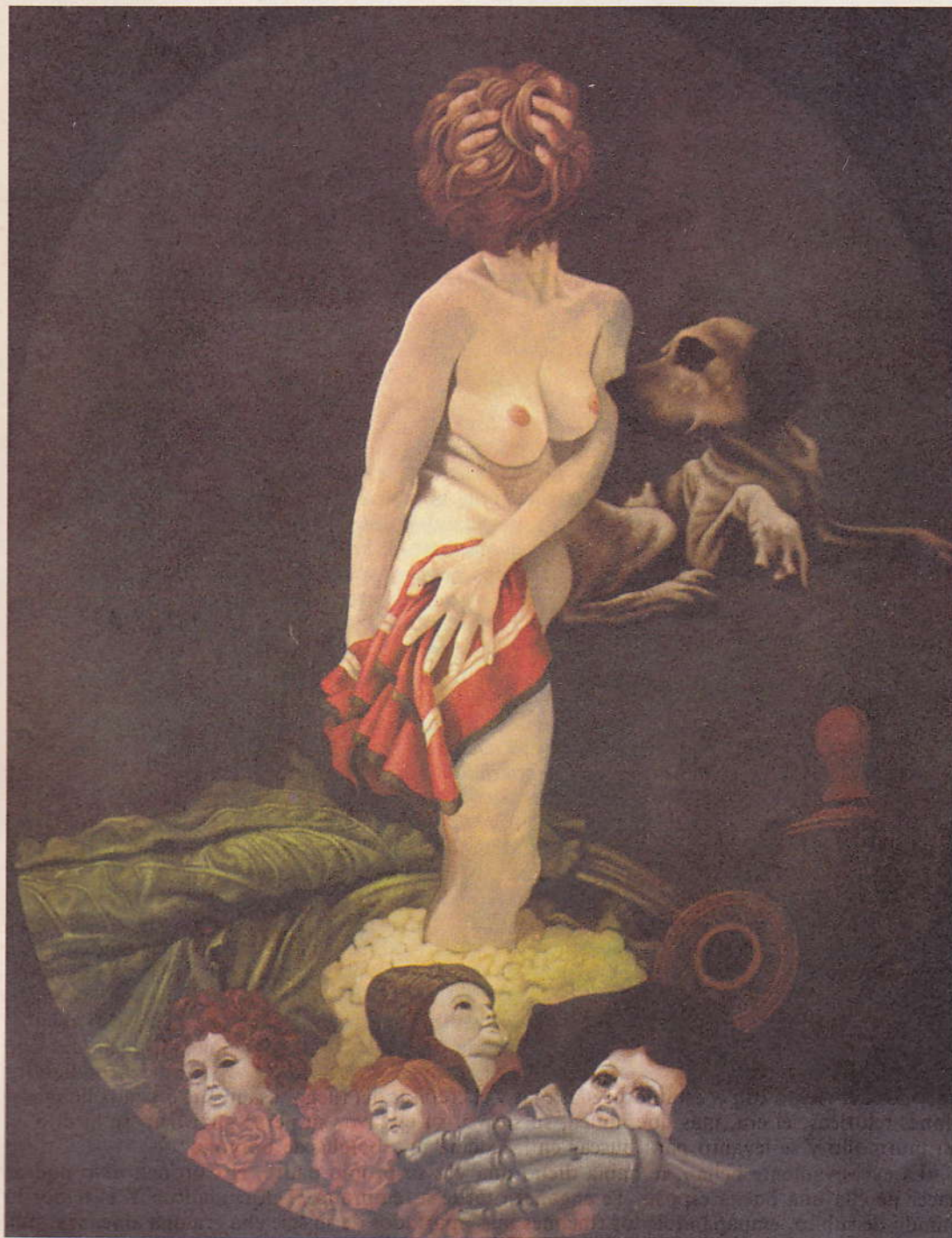
Hicieron el amor con violencia, ella lo apretó entre sus muslos poderosos, tratando de dominar su vaivén enloquecido. La brisa se llevó sus gritos de placer, mientras él sollozaba confundido por imágenes lejanas, por el terrible recuerdo enroscado como un áspid en torno a su memoria: «Es demasiado hermosa —le dijeron—. Una mujer así es imposible conservarla. Cualquier hombre que la vea querrá quitártela. Te la disputará como quien pelea por un tesoro hecho de la materia más preciosa: la carne humana.»

Y era cierto. Porque allí, echada sobre la arena tibia, parecía una diosa derribada que le ofrecía su sexo a la manera de una dádiva celeste. Ella hizo ondear su cuerpo, su hermosura vibró en el aire como un látigo de luz y le hirió —más allá de las retinas del deseo— en el laberinto central de su conciencia. Ese fue un anochecer desbordado de lujuria: ella lo era todo, la integridad del espacio detenido, la totalidad del tiempo en movimiento, la constancia perpetua de la vida...

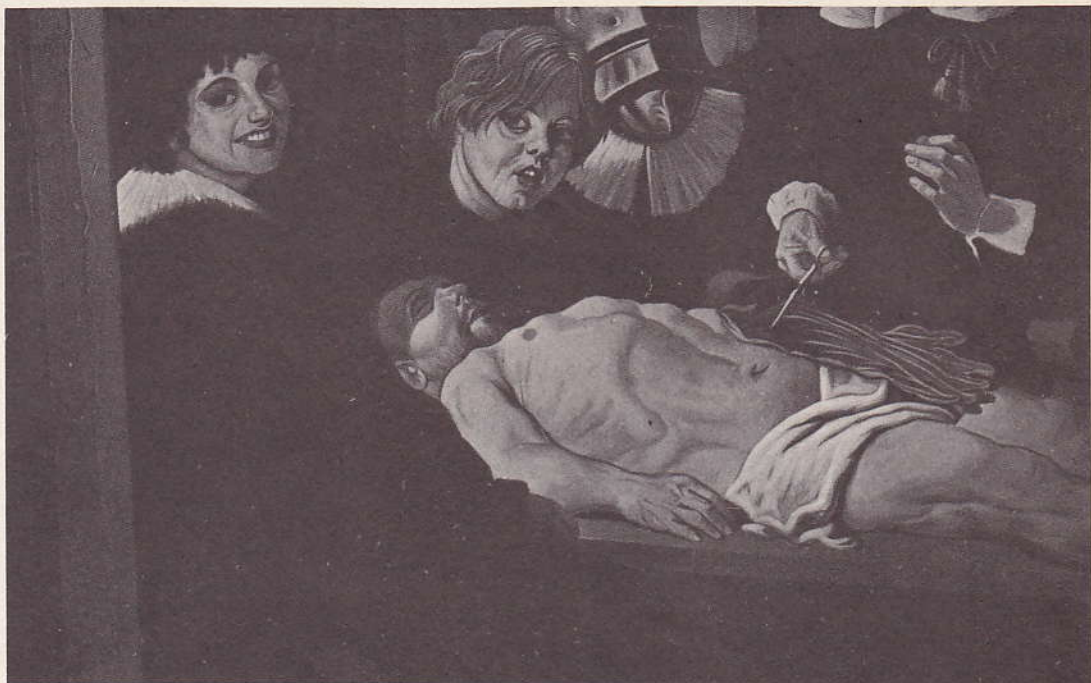
«...Al término del primer mes el gas comienza a escaparse por las grietas de la piel. Las células estallan produciendo un aceite verdeoliva que se escurre gota a gota desde las vísceras y los músculos. El abdomen se desinfla como un balón agujereado y la pared anterior toca la columna vertebral. Los cartílagos se sueltan y, con ellos, las costillas. El tórax se hunde, se deprime al modo de una calabaza reblandecida. El esternón flota en el aceite, liberado de sus flojas ataduras. Se adelgazan, hasta extinguirse, las partes blandas del rostro, en particular los labios y las mejillas. Menguan las extremidades y el tronco, el cadáver pierde su estatura de adulto. El hígado, los pulmones, el cerebro, se transforman en delgadas tiras. El sexo disminuye...»

Volviéron ya de noche al bungalow situado en lo alto de un promontorio, a la salida del balneario. Entraron sin hablarse, con pasos rápidos, acicateados por el hambre. Él alumbró un fuego de pinos y eucaliptos en la espaciosa chimenea del salón, mientras ella aderezaba en la cocina la carne que asarían encima de las brasas. La vio volver con una bandeja en las manos, exhibiendo provocadoramente su desnudez magnífica y obscena, afirmada sobre los tacones-aguja de sus

sandalías de charol. Le parecía que la contemplaba por vez primera, como si no hubiera recorrido mil veces con sus ojos cada una de sus formas: la larga cabellera roja contrastando con la piel alba, tersa y delicada, ligeramene azulina sobre los bordes óseos. Los ojos inmensos, de iris verdegrises y largas pestañas de muñeca. La nariz fina, breve y recta. La boca de labios pulposos, entreabiertos sobre los dienteillos perlados en un gesto casi insolente, pueril. Los senos elevados, contradictoriamente inmensos y enhiestos, como si dos manos invisibles los hubieran sostenido. La cintura estrechándose en un anillo inverosímil, cercenante. Las caderas quizás demasiado opulentas, onerosas. Las piernas largas, de muslos amplios, sólidos en comparación a la fragilidad de las pantorrillas, a la alarmante delgadez de los tobillos, a la diminuta dimensión de sus pies de niña... Sin poder evitarlo, avanzó hacia ella y acarició la mota espesa y pelirroja que le cubría el sexo...



«Mujer con perro», pintura de Carlos Mensa



«La lección de anatomía n.º 2», pintura de Carlos Mensa

«Hacia el sexto mes la grasa del cadáver se transforma en jabón de magnesio, atrayendo químicamente al Cuarto Escuadrón de la Muerte: los Dermestes, coleópteros de lustroso cuerpo negro, de élitros rosados, de grandes y potentes mandíbulas. Comerán con apetito insaciable capas enteras de jabón, hasta que aparecen sus enemigos implacables, los Corinetes del Quinto Escuadrón, coleópteros de caparazones rojizas que vendrán a englutir lo que han dejado sus predecesores. Al final del año la musculatura es sólo una capa seca, areolar. En el interior del cráneo, del tórax, del abdomen, los órganos parecen hechos de pasta negra, alquitranada...»

Ella lo rechazó, le dijo que tenía hambre, que prefería comer antes de hacer de nuevo el amor. Y mientras él disponía el T-bone-steack sobre la parrilla, se echó sensualmente sobre la alfombra para mirar el fuego y encender un cigarrillo. Que no sufriera inútilmente, le dijo. Era verdad que de vez en cuando se acostaba con otros, pero también era cierto que él disponía de su cuerpo cuando se le antojaba. ¿Por qué no aceptar el mandato de la Naturaleza? A ella le gustaban los hombres, tenía que reconocerlo. Pero no sólo los jóvenes, sino —en especial— los hombres maduros. Y él sólo tenía veinte años. Era fuerte, sí, muy fuerte, pues podía poseerla varias veces en pocas horas. Sin embargo a ella le gustaba la lentitud, la suavidad, la duración y una pizca de perversidad en la realización del Acto. Cualidades que a él sólo podría darle el tiempo y la experiencia. De todos modos, allí estaba ella, dispuesta a dejarse hacer lo que él quisiera... Una llamarada brotó de la carne, las gotas de grasa caliente habían terminado por excitar las brasas. El apagó la llama de un manotazo, dio vuelta el T-bone-steack para dorarlo por la cara opuesta.

«...El esqueleto se asoma por debajo de la sustancia caseificada. Los ésteres se transforman en amoníaco y, atraído por el olor, hace su aparición el Sexto Escuadrón: las Necróforas, moscas multicolores, de cabezas fosforescentes, que depositan sus huevos sobre los lomos de las lombrices de tierra, de modo que éstas transportan las larvas recién nacidas hacia las profundidades de la tumba. Durante todo un año serán los únicos habitantes del cadáver, que se reduce gradualmente a un montón de trozos de materia parda, pegados a los huesos, todavía intactos...»

No quiso comer, le dijo que —al fin de cuentas— no tenía apetito. Se contentó con observarla, elástica como una tigresa, coger la carne asada entre los dedos y llevarla con avidez a su boca. El jugo sanguinolento chorreó entre sus labios, resbaló por el mentón ovalado hacia la blancura del cuello, descendió hasta secarse en medio de sus senos. El se agachó sobre su grupa y, a medida que ella masticaba, hizo lo que hasta entonces jamás había osado: lamó dulcemente la hendidura de sus nalgas, el pozo negro de su ano, las valvas calientes y empapadas de su sexo abierto. Ella gimió sorprendida, trató de deshacerse de una boca que comenzaba a mordisquearla, alegó sufrir de sed, exigió que se le sirviera una copa de vino... Esa noche, cuando se confundían los quejidos del viento con el estallido de las olas y el crepitar del fuego, esa noche cruzada de sensaciones telúricas, él era, más que nunca, su siervo, su esclavo, su perro guardián: se lo dijo en un murmullo y se levantó para buscar en la cocina una botella de borgoña.

«Es excesivamente bella», le había dicho una vez su propio padre, el Coronel. «No podrás hacer de ella una buena esposa. Te engañará tarde o temprano. Ten cuidado.» Y el temor lo inundó de súbito, empapándole los rincones más apartados de su ser: ella era una amenaza, una cobra que le dejaba el alma inmóvil, fascinada.

«Aparece el Séptimo Escuadrón de la Muerte, constituido por los Acaros Necrófilos, insectos extraordinariamente feos, pequeños y redondos, provistos de afiladísimos dientes. Van a trabajar de manera continua, infatigable, a lo largo de doce meses, moliendo el residuo de los tejidos blandos. El cadáver, a partir de entonces, es una momia... Se inicia el cuarto año: hacen su entrada los coleópteros del Octavo Escuadrón, los Antrenos, esos mismos escarabajos invisibles que roen los pergaminos, los libros olvidados y que, mediante sus mandíbulas en forma de sierra, reducirán a polvo el conjunto de los restos...»

Volvió al salón. Él la amaba. O no la amaba. Lo importante era su cuerpo, esa escultura de carne blanca y suave, adormecida sobre la alfombra, frente al fuego todavía intenso. Destapó la botella, llenó dos grandes copas con el vino espeso y se arrodilló para ofrecerle una. Ella, con los párpados semicerrados, apuró el contenido de un solo golpe. Luego se echó de espaldas, abrió sus muslos y le ofreció su sexo.

Durante unos segundos él intentó resistir a su hermosura, quiso capturarla y conservarla como una imagen a la vez axial y prisionera de su psiquismo enfermo. Desde su ebriedad ella volvió a gemir, reclamando sus caricias. Vencido, abandonó toda resistencia y se arrojó en sus brazos. La cubrió de besos con esa necesidad bestial que ella detestaba, pero que él —tal vez porque en verdad era demasiado joven— no podía controlar. Ella trató de apaciguarlo, le suplicó que la penetrara lentamente, que se demorara largo tiempo para permitirle buscar, alcanzar su clímax... El pensó en ellos, en cada uno de esos hombres que la habían poseído como a ella le gustaba: con lentitud perversa. Se le agolpó el semen en la raíz del sexo, listo para escaparse como un vómito, sin que nada pudiera contenerlo. Entonces, como respondiendo a un instinto atávico, más potente que toda su conciencia, cogió el cuello de su amada entre las manos y, a medida que su esencia se escurría a borbotones, fue estrechándolo en una vana tentativa de frenar su pérdida, de darle a ella el tiempo de gozar. Sintió sus convulsiones, sus quejidos, sus protestas ahogadas, pero sobre todo sintió el terciopelo de su sexo, la quemante cavidad de su vagina abrazando su verga endurecida en un espasmo vivo, rebelde, casi doloroso. Acabó al galope, como si hubiera estado cabalgando una yegua pura sangre, un animal alado pero al mismo tiempo estático, inmóvil, desvanecido, ya sin vida...

«... Y cuando de todo el organismo primigenio no permanece más que la estructura blanquecina de los huesos, cubiertos de aserrín de momia, de larvas secas, vienen los Tenebrios —el Escuadrón de Aseo de la Muerte— a limpiar con sus patas y sus dientes, el polvo del cadáver....»

El profesor terminaba su lección, dictaba sus últimas frases, pero él seguía prendido a las mismas imágenes que devoraban su memoria noche y día... La había cubierto tiernamente con una manta, la había dejado junto al fuego moribundo, después de besar con dulzura sus labios y su frente. Fumó un cigarrillo tras otro esperando el alba; luego salió a caminar por la bahía. Constató que pese a la luz de la mañana, a la atmósfera salina, el dolor continuaba impertérrito anidado en el fondo de su alma. Quiso entonces extinguir el sufrimiento a través del esfuerzo corporal, se echó a correr torpemente por la playa, fatigándose al borde de las olas, violando la agudeza desafiante de las rocas, marchitándose la piel bajo el sol desfalleciente del otoño. Se dejó atrapar por el océano, sepultó su pena en el movimiento helado, azul oscuro de las aguas y por un instante se silenció el recuerdo. Luchó mecánicamente contra las olas, involuntariamente escapó de su abrazo tentacular cogiéndose del remo de una barca. Alguien, quizás un pescador, pudo rescatarlo, lo condujo de nuevo hasta la playa... Allí, sentado en una roca carcomida de moluscos, resbalosa de antiguas humedades, esperó estupefacto, vacío de todo sentimiento, que el día se deslizara hacia su término.

Esa noche, tras cerrar cuidadosamente las persianas y las puertas, abandonó el bungalow y regresó a Santiago.

«¿Alguien desea hacer una pregunta? ¿Todo está claro, todo ha sido comprendido?», preguntó el profesor de medicina legal, mirando su cronómetro.

«No comprendo nada de nada. Ni de la vida, ni de la muerte, ni del amor», dijo él, en voz alta, como un sonámbulo, porfiadamente sentado en su butaca. Sus camaradas se echaron a reír. El profesor, lívido de cólera, volvió a hablar:

«¿Alguien tiene una pregunta CIENTÍFICA que hacer?», precisó con orgullosa nitidez.

«Yo mismo, insistió él. ¿En qué estado se encuentra el sexo en la segunda semana de vida del cadáver?»

«Creo haberlo dicho claramente, respondió ultrajado el profesor, haciendo un gesto para contener las nuevas risas. *El sexo alcanza el tamaño de una coliflor...»*

Entonces él, poniéndose de pie, mirando con loca intensidad a sus compañeros, exclamó: *¡Ustedes comprobarán si lo que dice este Doctor corresponde a la verdad. La Reina de Belleza de nuestra Universidad los espera en el bungalow que mi familia posee en Algarrobo. Aquéllos entre ustedes que han tenido el placer de montarla, podrán comparar, deducir, concluir y condenar! Les pido excusas por no poder acompañarlos... Y sacando de su pechera un revólver negro, más pequeño que su mano, llevó el cañón hasta su boca y se descargó un tiro en la base del cerebro. ■*